

Para reír sin más

MARINA GONZÁLEZ MARTÍNEZ | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

Existen diferentes perspectivas en el estudio del fenómeno de la risa. Las más influyentes han sido las de Platón y Aristóteles, que la veían como expresión de superioridad del hombre; la de la risa como represión social desarrollada por Henri Bergson; la de la risa como liberación del subconsciente de Sigmon Freud, y finalmente la risa como asunción de sí de Friedrich Nietzsche. Las tres primeras en torno a la idea de la risa como expresión/liberación; en contraste con la cuarta que no es pragmática sino existencial. En el presente ensayo, lo que me propongo es problematizar estas posturas y centrarme en la propuesta del superhéroe nietzscheano y su risa como asunción de sí.

Abstract

There are different perspectives in the study of the phenomenon of laughter. The most influential have been those of Plato and Aristotle, who saw it as an expression of man's rational superiority; that of laughter as social repression developed by Henri Bergson; that of laughter as liberation from Sigmon Freud's subconscious, and finally laughter as self-assumption from Friedrich Nietzsche. The first three around the idea of laughter as expression/liberation; in contrast to the fourth, which is not pragmatic but existential. In this essay, what I propose is to problematize these positions and focus on the proposal of the Nietzschean superman and his laughter as self-assumption.

Palabras clave: risa, Friedrich Nietzsche, antropología nietzscheana, la voluntad de poder, eterno retorno.

Key words: Laughter, Friedrich Nietzsche, nietzschean anthropology, the will to power, eternal return.

Para citar este artículo: González Martínez, Marina. "Para reír sin más". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 271-280.

*Yo prometo una edad trágica:
El arte supremo de decir sí a la vida.*

Nietzsche, *El origen de la tragedia*

*Quizá la risa sea la única de las cosas del presente
que tengan porvenir.*

Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

Pensar acerca de quiénes somos, qué nos constituye, qué es la existencia, es una reflexión que todas las personas nos hacemos en más de un momento de nuestra vida; y de manera explícita o implícita respondemos al configurar nuestra identidad. Ante tal evento, la filosofía ha sido el pensamiento institucionalizado que nos ayuda a responder de manera racional, lógica, científica. Dependiendo de la corriente del momento, los filósofos proponen diferentes maneras de preguntar y de dar respuesta. Han dicho, por ejemplo, que somos animales racionales, animales sociales, animales políticos, animales lúdicos, animales consumidores. Definiciones que apuntan a destacar una especie de condición hegemónica, al parecer en pugna entre sí y, en ocasiones, exclusiva del ser humano.

Una de esas formas de caracterizarnos es la que señala que somos seres que ríen, fenómeno que quizá sólo compartimos con algunos primates superiores. Así pues, la risa ha sido tema de reflexión desde la antigüedad clásica hasta nuestros días; y en la época moderna, al dividirse las disciplinas, ha sido estudiada por la biología, la psicología, la sociología, la estética y la filosofía. Y es que el fenómeno de la risa es sumamente complejo e inasible: es una función fisiológica involuntaria cuyas causas no se conocen todavía y que puede ser motivada por diversas circunstancias. Llama la atención la cantidad de músculos que se ponen en movimiento cuando ocurre y la liberación de energía resultante de estos movimientos; lo mismo que su semejanza con la mueca del dolor. Pero también es un fenómeno involucrado con nuestra dimensión psico-social existencial; por lo anterior, toda interpretación desde cada disciplina aporta algo a la comprensión del tema.

Podemos apreciar que las perspectivas más influyentes en la historia han sido las de la risa como expresión de superioridad de Platón y Aristóteles, la risa como represión social de Henri Bergson, la risa como liberación del subconsciente de Sigmon Freud, y finalmente la risa como asunción de sí de Friedrich Nietzsche. Las tres primeras en torno a la idea de la risa como expresión/libe-

ración; en contraste con la cuarta, que no es pragmática sino existencial. En el presente ensayo lo que me propongo es problematizar estas posturas para atestar mi propia forma de reír, de reírme sola.

Para reírme del otro

Ésta podría ser la fórmula que ofrecen las perspectivas de Platón y Aristóteles, que veían la risa como una manifestación del sentimiento de superioridad del animal racional sobre todos los otros seres, incluyendo lo humanos no racionales: recordemos que las mujeres y los esclavos no eran considerados como racionales. Esta risa supone una visión maniquea, excluyente y por tanto violenta de la risa y su uso, que sería retomada en el siglo xx por Henri Bergson, quien enfatiza su función social represora. En su obra *La risa*, en la que más bien habla de qué es lo cómico y cómo lograrlo a través de la comedia, hace una amplia argumentación de la necesidad de adaptación del individuo al grupo, y de cómo por sobrevivencia se realiza esta especie de *bullying*. En esta concepción encuentro el dilema autenticidad-individuación frente a reconocimiento-pertenencia. Reconozco que ambos polos son condiciones ópticas del ser humano, y su relación es la mediación que todos debemos hacer en el despliegue de nuestras vidas. No es que niegue esta posibilidad de la risa como represión, pero no es de lo que quiero reír.

Para reírme de mí

En otro conjunto de propuestas podríamos encontrar el uso de la risa como liberación de los propios prejuicios o represiones que acometemos sobre nuestra percepción personal. Aquí encontramos fundamentalmente los estudios sobre el chiste de Sigmund Freud. Para él, fisiólogo y creador de la noción de subconsciente, la risa es una especie de válvula de escape. Reímos porque las represiones acumuladas en el subconsciente ya no pueden ser contenidas por más tiempo. Entonces el chiste y lo cómico funcionan como desinhibidores que abren la puerta para expulsar esa energía contenida. Además, en su funcionamiento biológico, la risa promueve sustancias como la endorfina, y movimientos musculares que nos dan sensaciones de bienestar. Si bien, no puedo más que confirmar que eso sucede cuando me río, sobre todo a carcajada abierta, de mi subconsciente tampoco es de lo que quiero reír.

Para reírme sin adjetivos ni complementos

Otra forma de concebir la risa es la que resulta de la concepción antropológica de Friedrich Nietzsche quien, en su pensamiento filosófico, anuncia los síntomas de la decadencia del hombre producto de la dominación progresiva de los débiles sobre los fuertes. Primeramente, esta decadencia se caracteriza porque ante el desorden de los sentidos, el hombre débil trata de establecer un equilibrio. Para ello apela a la razón, a la que erige como dictadora moral, creyendo férreamente en el imperio de la lógica.

El hombre decadente, en lugar de dejarse vivir, rumia sus recuerdos dolorosos, motivándose un sentimiento de venganza. Gracias a este control fomentado en la educación, se logra domesticar al hombre y lo que en éste hay de incomprensible. Se dominan sus energías apasionadas y se le convierte en rebaño dócil, laborioso y mediocre. Para Nietzsche, ésta sería la risa como represión social, y en este sentido crítica el idealismo iniciado con Platón y lo culpa del nihilismo moderno. Propone entonces superar la concepción metafísica de la vida para realizar la transmutación de los valores a fin de sustituir la humanidad decadente por el superhombre.

Para ello, Nietzsche caracteriza lo establecido analizando las distintas etapas que se han dado del nihilismo. Primeramente, habla del pesimismo, mezcla de disgusto, nerviosismo y nostalgia. Schopenhauer sería el representante de esta etapa, quien justifica el dolor para proclamar la superioridad del no ser sobre el ser y así exhortar la anulación del querer vivir por un ascetismo extremo. Pero el pesimismo de Schopenhauer invita a la inacción, no a un enfrentamiento directo con la nada. Su ascetismo es por esto evasivo, no acepta el caos que existe en el hombre, no le deja manifestarse. En lugar de activar al hombre para que cree nuevos valores, pide que enuncie la extinción del deseo, de la vida: propone el nihilismo pasivo.

Paralelamente al nihilismo pasivo, los decadentes más feroces reclaman una destrucción total de los valores. Se da entonces el nihilismo activo. Éste no se conforma con la extinción pasiva de la vida personal, sino que desea destruir todo lo que esté desprovisto de sentido y fin. El nihilista activo es para Nietzsche el último hombre, quién ya sin tener el pretexto de Dios, prefiere la estaticidad del bienestar. Pero, en qué consiste su bienestar: en la eliminación de todo lo que pueda ser fuente de conflictos, de dudas, de luchas, de tensión, de descontrol. Su racionalidad lo llevará a escindir la vida en lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo para restaurar así el imperio de la lógica, de la moral, de la seguridad y de la pureza. Los instintos, las pasiones, los deseos son así castrados.

En ambos nihilismos, la antropología racionalista concibe al hombre como un ser dual que es necesario controlar para orientar su vida a estados positivos. Pero para Nietzsche lo que el último hombre considera como lo negativo, es parte del él mismo, indispensable para todo propósito creativo; si se niega lo negativo en el hombre se le mata.

Así como Nietzsche critica la valoración parcial que se ha hecho de los conceptos de bueno y malo, asimismo lo hace sobre el pedestal sobre el que se ha colocado a la razón por encima de los sentidos. Entre la sensibilidad y la razón práctica, juzga que desde Platón hasta Kant se ha calumniado y desprestigiado al cuerpo y al conocimiento sensible, acusándolos de engañarnos y perdernos. Pero para Nietzsche estas concepciones racionalistas no son más que, nuevamente, la lucha por imponer un idealismo característico de la decadencia, del miedo al cambio, al descontrol que ha llevado a la atrofia de los sentidos y al desconocimiento de lo sensible. Propondrá, en cambio, reactivar los sentidos, dejarlos libres del yugo de la razón para que en sí mismos den paso a la vida creativa.

Nietzsche criticará a aquellos que creen en una verdad absoluta a la que nuestra razón tiene acceso. Piensa que al hacer esto se denigra a la existencia al grado de pretender meterla en un cálculo matemático, pues el *cogito* no es el campo de experiencia preponderante.

Contrario al puesto privilegiado en el que el hombre débil ha puesto a la razón, Nietzsche proclama el arte como protector de la vida; bajo este concepto expresa todas las actividades creadoras de formas y de ilusiones. El arte para él no es aquel concebido por la estética clásica; sino que su concepción tendrá dimensiones antropológicas. Es decir, el arte no es un producto de la actividad del hombre sino la naturaleza misma de éste, pues el arte es la expresión de la voluntad de vivir.

Debido al exclusivo razonamiento científico y atraídos por el resplandor engañoso del idealismo, hemos creado una representación artificial y superflua del mundo, una aparente división entre lo espiritual y lo corpóreo. Para Nietzsche es indispensable dejar esa fascinación por la conciencia para dar cabida al cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una multitud unánime, un estado de paz y de guerra, un rebaño y su pastor. Esta pequeña razón que tú llamas tu espíritu, mi hermano, no es más que un instrumento de tu cuerpo, y un pequeño instrumento, un juguete de tu gran razón.¹

¹ Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Madrid: EDAF, 1985, p. 93.

Nietzsche condena así la separación cartesiana de la *res cogitas* y la *res extensa*, y afirma que el decadente tiene los instintos debilitados, por ello se resguarda en su conciencia racional y moral para disciplinarlos. El decadente vacila y enaltece a la lógica y a la moral para que no lo dejen caer.

Si tomamos al cuerpo como camino de la vida, podemos entender la propuesta nietzscheana de la voluntad de poder; el cuerpo nos dejará sentir a ésta, pues la vida misma dada en un cuerpo es la manifestación plena de la voluntad de poder. Asimismo, “conquistar es el efecto necesario de un ascendente de poder, lo mismo que el acto de creación o de fecundación; así pues, es la incorporación de su propia imagen en una materia extraña. Es por esto que el hombre superior debe crear, es decir imponer al prójimo su superioridad, ya sea como maestro, ya sea como artista.”² Pero con imponer no se refiere a una forma de violencia sobre el otro, más bien, el hombre superior debe superarse a sí mismo, no por una razón externa o divina, sino superarse desde dentro de él mismo. Aunado a esto, el famoso diagnóstico de Nietzsche: “Dios ha muerto” niega la posibilidad de seguir sometiendo la realización del presente por darle un sentido a la existencia humana en un más allá sobrenatural. Por lo contrario, el superhombre de Nietzsche vive hoy, ahora.

La idea de superarse así mismo es enmarcada dentro del concepto del Eterno Retorno y reforzada por éste. Es decir, Nietzsche no piensa de manera dialéctica cuando habla de superarse a sí mismo, como si con el transcurrir del tiempo estuviese asegurado el cambio de un menos a un más, de un estadio de menor perfección a uno de mayor. No, superarse a sí mismo es asumirse a sí mismo.

De la misma forma como el Eterno Retorno ha abolido las ideas de finalidad y de sentido, superarse a sí mismo no tienen finalidad ni tiene sentido. El Eterno Retorno es la inocencia del devenir. Así lo afirma en *La voluntad de poder*: “Presentemos este pensamiento bajo su forma más formidable: la existencia tal como es, sin tener ni sentido ni fin, pero reapareciendo ineluctablemente, sin conducir a nada: el Eterno Retorno.”³

No es el superhombre el producto de un evolucionismo darwiniano, pues éste supone el idealismo y el progreso; la humanidad no se dirige a éstos, ni tampoco el hombre actual es el resultado perfecto de la evolución del animal inferior. Nietzsche reprueba por completo la idea de la superioridad del hombre sustentada en la supremacía de la razón. El superhombre nietzscheano es la voluntad de poder misma que se sitúa por encima de los convencionalismos e

² Nietzsche, Friedrich. *Fragments Póstumos. 1875-1882*. Madrid: Ed. Tecnos, 2009, p. 243.

³ Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de poder*. Madrid: Editorial, EDAF, 2000, p. 69.

idealismos morales para expandir su fuerza productiva, creadora, en el Eterno Retorno de lo Mismo.

El superhombre es un ser dionisiaco que desborda y lleva a sus límites a la decadencia moderna, amoral e inmovible frente a las verdades más horribles de sí mismo. Horribles, según la visión idealista del hombre que le ha castrado los sentimientos, la inconsciencia y la sinrazón, por un logicismo que lo controle todo.

El ser más desbordante de vida, el dionisiaco, dios y hombre, puede permitirse no solamente mirar lo enigmático y lo espantoso, sino cometer también lo terrible y librarse a no importa qué lujo de destrucción, de trastorno, de negación; la maldad, la insanidad, la fealdad le parecen permitidas en virtud de un exceso de fuerzas creadoras que pueden hacer del desierto mismo un suelo fecundo. El superhombre es el artista realizado, la encarnación misma de la voluntad de poder artista.⁴

Nietzsche deja claro que la grandeza del superhombre no es la del idealismo o del animal racional de Platón y Aristóteles, que se sustentan en la razón; ni tampoco asumirse a sí mismo es la válvula de escape de Freud, que necesita dejar salir del subconsciente lo reprimido y negado; pues el superhombre trasciende el dualismo implícito en estas posturas. La risa del superhombre nietzscheano no es la de reírse del otro por superioridad, tampoco es la de reírse de sí mismo como catarsis y liberación. La risa sin adjetivos ni complementos de Nietzsche es del cuerpo vivo: la voluntad de poder en el eterno retorno de lo mismo.

Escribiendo esto fue cuando me reí y pensé que la filosofía es la ciencia que nos provee del método para cuestionarnos acerca del mundo. Sin embargo, la literatura, esa forma del arte que se sitúa en el justo medio entre lo racional y lo sensible; es la que, sin el afán de contestarnos radicalmente, nos plantea nuestra real condición de seres escindidos. Es ella la única que, siendo el espejo del ser humano, nos refleja como tales. En medio camino entre la forma y la historia, entre el mundo de las ideas y el mundo de la vida, nos hace viva y nos hace vivir nuestra condición existencial. Fue entonces que recordé...

⁴ Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1994, p. 141.

Fábula de los cinco Narcisos

En una ocasión, el viejo tigre dientes de sable convocó a un seminario a los animales de la selva. Ahí estaban los portavoces de las especies más diversas del reino. Cada uno tenía que defender su postura sobre algún tema, considerado por ellos mismos como de suma relevancia. Ya habían hablado las tiernas creaturas sobre la importancia de la hembra en el futuro de la animalidad. Había hablado también un delegado de la vida murcieguil sobre las configuraciones monstruosas del ratón alado, y aún otro más sobre las criaturas autóctonas y su milenaria cosmovisión del mundo.

Cabe decir que, en el grupo representativo de la condición animal compuesto por doce integrantes, se habían encontrado tres machos alfa y dos abejas reinas. Una reunión de egos debió llamarse a tal seminario.

Tocaba hablar ahora al rey oso, quien parecía haber pasado malas noches pues su discurso era del todo incoherente. Quizá se debía a que no había sido nombrado rey por noble herencia, sino por férrea voluntad de así querer serlo. Para tal efecto adoptaba como propio un lenguaje purista y culto, que por adquirido y hechizo, expresaba a las claras su falsificada ultracorrección.

Más pronto que nada, la astuta zorra le hizo ver al gran oso sus faltas y requiebres. Pero como la zorra era bufa, agregaba a sus sabias palabras una guasa que invitaba a la risotada. Todos tomaban a broma esa forma de ridiculizar al oso para que se sometiera al canon de "lo coherente". La zorra terminó diciendo al oso:

—Ya en serio, maestro, parece que te hundes en tus propios circunloquios.

Pero el ego del oso era más grande que su fornida corpulencia, y arremetió contra la zorra:

—¡Ése es el problema contigo naco, que nunca se sabe si hablas en serio o en broma!

El oso estaba rojo, furioso, por un momento creímos que se iba contra la zorra. Quizá esto también lo creyó ella, o quizá porque se sabía superior a pesar de la diferencia de fuerzas físicas, el hecho es que su incontrastable ego intelectual no insistió más.

El tigre dientes de sable no podía quedarse sin intervenir, después de todo era su seminario, y la de él, la última palabra.

—Zorra, tus palabras pueden ser muy sabias, pero si las aderezas con esa música no aportas nada. ¿Qué bailaremos entonces? —atajó el tigre dientes de sable.

Como si hubiese sido una señal a la audiencia, todos soltaron la risotada ante la ocurrencia del maestro en manejo de grupos, qué digo maestro, doctor. El chiste del tigre dientes de sable cayó en tierra propicia para los que se tomaban la vida en la jungla de manera ligera, o por lo menos surtió el efecto de una válvula de escape para la tensión que pesaba sobre ese claro de la selva, no así para el oso, que seguía refunfuñando, pues se había evidenciado que en el fondo de esa masa enorme que era, sólo había un esqueleto hueco y debilucho.

Así transcurrían las cosas en el ámbito de lo ostentoso, pero en la selva lo grande oculta o más bien cobija a lo pequeño. En ese mismo ruedo, estaba también la colonia de las abejas, no como un reino distinto sino el mismo, pero en otro estrato que las grandes bestias no contemplaban. La que aparentaba ser una grácil danza de voladoras abejitas, estaba curiosamente conformada por dos reinas madres. Nunca antes cosa así se había visto. Lo natural es una sola matriarca, pero aquí había dos.

La tensión de los machos alfa había llegado hasta el vuelo de una de ellas, y temerosa de lo que pudiera ocurrir, la reina madre, más “cinturita de avispa” y jacarandosa, se preparaba para enfrentar los duros golpes que se le lanzarían, pues compartía con el rey oso la falsedad de una faja que ocultaba su verdadera panzota descomunal. A la que más le temía era a la otra reina madre, única que podía saber que, por edad y partos, esa “cinturita de avispa” era falsa.

La abejita rumbera entrada en años no respondió como lo hizo el rey oso cuando empezaron los comentarios negativos sobre su ponencia. Su estrategia fue más sutil y por ello perversa: con su coquetería y enorme sonrisa, primero contestó con comentarios inocuos, pero, poco a poco, no pudo contenerse más hasta que cedió de plano a carcajearse de todos, pitorrearlos y terminar diciendo.

—¡Ay! no entendí nada de lo que me dijeron, es más ya se me olvidó. ¡Ji, ji, ji! —sin dejar de mirar de reojo y con temor a la otra reina madre.

Así pasaron los últimos minutos del suplicio chino que resultó la ocurrencia que tuvo el tigre dientes de sable de convocar a los habitantes de la selva para comunicar sus ideas, tan pensadas y tan académicas: unos rieron de miedo, otros rieron de burla, otros se pitorrearon de la risa, otros bailaron riendo. Yo los veía a todos y, mientras me acomodaba la panza, reía disfrutando de la vida que siempre fluye en el eterno retorno de lo mismo.

Fuentes

Bergson, Henri. *La risa*. Buenos Aires: Ediciones Godot, 2011.

Gidi, Claudia et al. *La risa: luces y sombras*. México: Bonilla Artigas-Universidad Veracruzana, 2012.

Granier, Jean. *Nietzsche*. México: Publicaciones Cruz, 1991.

Nietzsche, Friedrich: *Así hablaba Zaratustra*. Madrid: Edaf, 1985.

_____. *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo*. México: Alianza, 1986.

_____. *Fragments Póstumos. 1875-1882*. Madrid: Ed. Tecnos, 2009.

_____. *La gaya ciencia*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1994.

_____. *Voluntad de poder*. Madrid: Editorial Edaf, 2000.